

## CAPITULO XI

Reposo de algunos días en Champotón.—Se trasladan á Campeche.—D. Francisco de Montejo, el mozo, viene en auxilio de su padre con un navío y gente de refresco.—Nuevo plan para la conquista de Yucatán.—Salida de Dávila para Chetemal.—Cruza las provincias de Acanul, Maní y Cochuah.—Se introduce en la provincia de Guaymil.—Travesía por la laguna de Bakhhal.—Entrada en Chetemal.—Fundación de Villa Real. Batalla de Checitacil.—Botín de oro y piedras preciosas.—Mensajeros enviados á Montejo, al mando de Cristóbal de Perea.—Son asesinados en Chinanté, uno de los pueblos de la provincia de Cochuah.—Levantamiento de los Cochuahes.—Sale Dávila de Chetemal para castigarlos.—Serios encuentros con los Cochuahes.—Retirada de Dávila.—Desamparo de Chetemal.—Dávila y toda su tropa se embarcan en treinta y dos canoas, rumbo á Honduras.—Entrada lastimosa en Trujillo, después de una navegación de siete meses.—Vuelta á Salamanca de Campeche. <sup>1</sup>

El adelantado Montejo descansó á su gusto en Champotón, y, entre tanto se recibía de España la resolución esperada y que debía recaer al memorial dirigido á la corte por Juan de Lerma desde la isla de Cuba, para matar el tiempo concertó trasladarse con toda la gente á Campeche, y fundar allí la deseada villa de Salamanca, que después de tantas fundaciones aun estaba por formarse. Puesto en práctica el designio, llegaron en breve á Campeche, asentaron su real, y Montejo, con la solemnidad acostumbrada, dictó el auto de fundación de la consabida villa, cuyo nombre estaba condenada á

<sup>1</sup> *Relación de lo sucedido á Alonso Dávila, contador de Su Majestad en Yucatán, en la Colección de documentos inéditos, tomo 14, pág. 97.—Oviedo op. cit. tomo III, pág. 244.*

perder. Parece que una fatalidad persiguió á Montejo en su propósito de conservar en Yucatán el nombre de su ciudad natal, pues de las distintas villas que fundó con su nombre, ninguna pasó á la posteridad, y en vano se buscará hoy en Yucatán una población que lo traiga á la memoria.

Algún tiempo después de su establecimiento en Campeche, les vino un socorro de gente, provisiones y recursos, que les hizo cobrar aliento y afirmarse en el propósito de continuar la conquista. Don Francisco de Montejo, el mozo, á su propia costa, armó y cargó un galeón, y, llevando consigo muchos soldados, caballos y vituallas de todo género, se vino á Campeche. <sup>1</sup> Estos refuerzos consolidaron la naciente colonia, y permitieron poner en ejecución los acariciados proyectos del Adelantado. Ahora, se añadía un pique de amor propio, y el interés de castigar las tretas que Gonzalo Guerrero había usado con sus paisanos, engañando al mismo tiempo á Dávila y á Montejo. Ya sabemos que á Guerrero atribuían la estratajema de que los mayas de Guaymil se habían valido para desconcertar y desorientar á los dos jefes españoles. A Montejo no se le quitaba de la cabeza que aquel ardid tan bien jugado, invención había sido de su compatriota, viendo en ello asombrosa felonía y traición digna de severo castigo. Movido de esta idea, trazó un plan por el cual Alonso Dávila, con una parte de la fuerza, habría de cruzar por tierra la península hasta salir á Chetemal, para castigar á Guerrero y al cacique de Guaymil, aprovechando al mismo tiem-

<sup>1</sup> *Información de Don Francisco de Montejo, hijo del adelantado del mismo nombre. Respuesta á la séptima pregunta.*

po hacer investigación de minas. Entre tanto, el mismo Adelantado y su hijo saldrían con otra fuerza, por mar, en los navíos, para reconocer la costa, desembarcar en un punto conveniente, é internarse hasta el pueblo de Chichen-Itzá que en otra ocasión habían visitado. En Campeche quedaría una guarnición, y así los tres cuerpos del ejército se protegerían recíprocamente. A Dávila tocó en suerte la tarea más erizada de dificultades.

No se demoró la ejecución del plan de campaña, pues al cabo de dos ó tres meses de fundada la nueva villa, por el mes de Julio de 1531 salió Alonso Dávila de Salamanca de Campeche, á la cabeza de sesenta y cinco hombres de infantería y quince de caballería, con instrucciones de penetrar á la provincia de Guaymil, para castigar á su cacique y á Guerrero su consultor, y visitar las orillas y cercanías de varias lagunas para ver de encontrar algunos veneros de oro y plata, de cuya existencia había rumores más ó menos fidedignos. A este último punto de la instrucción se le dió tal importancia, que el ayuntamiento reunido en cabildo acordó ofrecer la suma de trescientos pesos de oro al catador de minas Francisco Vasquez, si acompañaba á Dávila en su expedición y alcanzaba éxito en sus pesquisas de minerales. También se ordenó al teniente Dávila que se apoderase de Tulum, en la costa oriental, y que fundase allí una población.

Habiendo partido Dávila de la provincia de Akinpech, entró á la de Acanul, hasta Becal; de aquí tomó el camino de Yibá; pasó por Nohcacab,<sup>1</sup> y se introdujo á los dominios de los Xiues. No encontró

<sup>1</sup> *Crónica de Chicxulub*, en las *Crónicas mayas* de Brinton, pág. 211.

embarazo, y, siguiendo adelante, penetró en el cacicazgo de Cochuah, cuyos habitantes tampoco mostraron ánimo hostil. Subió Dávila hacia el nordeste hasta la ciudad de Tulum; pero la disposición del lugar no le agradó ni le pareció adecuado para establecer una colonia: se fijó principalmente en que no ofrecía sino desventajas para defenderse en caso de ataque: el bosque en su rededor, además de ser muy tupido y enmarañado, estaba cuajado de bloques de piedra calcárea, que no permitirían la fácil maniobra de los caballos, obstáculo de gran daño, porque la caballería era el recurso supremo para dominar é intimidar las grandes masas de indios. No quiso, pues, dejar guarnición en Tulum, y se fué para Chablé, que también estaba señalado en su itinerario como lugar en que era factible encontrar minas. Vanas fueron las cataduras de Vasquez para encontrarlas: no se halló ni veta ni vena alguna, ni aun siquiera vestigio que hiciese presumir su existencia. Desde allí pensó en recalar á Chetemal; pero antes quiso enviar una embajada de paz al cacique: comisionó para el objeto á varios vecinos principales de Chablé, á quienes despachó con atentas y corteses palabras de invitación al cacique de Chetemal para que viniese á conferenciar con él. No quería romper desde luego las hostilidades, sino probar la vía de la amistad, de modo que pudiera sin tropiezo continuar la rebusca de minas en los dominios de aquel altivo cacique. Le habían contado que no lejos de Bakhalal, pueblo que le estaba sometido, podrían encontrarse minas de oro, y esto lo consideraba de más entidad que el castigo de la felonía de Guerrero.

Toda la sagacidad del teniente salió fallida, porque el cacique de Chetemal le jugó el más atrevido desaire que imaginarse pueda: á sus insinuaciones de paz y amistad, contestó con maravillosa fiereza y patriotismo que no le daba la gana de acudir á Chablé; que en vez de paz quería la guerra; y que las gallinas y los pavos se los daría enristrados en las lanzas, y el maíz en las flechas. Tolerar lenguaje tan altisonante hubiera sido darse por intimidado y estimular á que otros pueblos se levantasen á hacerle la guerra y acabarle. Se afirmó, pues, en su propósito de invadir Chetemal, é hizo público su pensamiento de no dejar impune la osadía con que el cacique de Guaymil correspondió á sus demostraciones pacíficas. No obstante, insistía en su tendencia de evitar los azares de la guerra, y con este fin llevó en su comitiva á muchos señores principales de Chablé. Fué primero á Macanhá, pueblo de tres mil casas, y de allí á Yumpetén. En las inmediaciones de este pueblo hay una laguna de no poca extensión, y como andaban con la preocupación de que en las cercanías de las lagunas debía haber minas, se perdieron muchos días en hacer diligentes pesquisas, aunque sin resultado: únicamente se confirmaron en la desilusión de ser la tierra de Yucatán pobre en metales preciosos. No mejor éxito alcanzaron junto á la laguna de Bakhalal, á cuyas orillas pernoctaron después de abandonar á Yumpetén. En la orilla occidental de esta laguna, se levantaba una población de marinos que se buscaban la vida con el flete de sus canoas. Era el tránsito preciso para Chetemal, y allí los viajeros se proporcionaban piraguas en qué

cruzar la laguna, bajar los ríos y penetrar á la bahía amplia y espaciosa en cuyas playas se levantaba la capital del cacicazgo de Guaymil.

Contra sus esperanzas, Dávila fué bien acogido en Bakhalal, pues con aquel desafío tan ufano que había recibido, pensaba que todos los pueblos del cacicazgo de Guaymil serían hostiles, y que en todo su trayecto no le darían respiro. Los bateleiros de Bakhalal le proporcionaron cuantas canoas solicitó, y esto con tan marcada complacencia que rehusaron cobrar flete por ellas. Atravesó la laguna; bajó el río Noh-ukum; y, saliendo á la bahía tres leguas al sur de la desembocadura de aquel río, avistó la ciudad de Chetemal.

No correspondió la fiereza de las palabras con la realidad de los hechos: al saltar en tierra, la ciudad estaba desamparada, las casas desiertas y sepulcral silencio reinaba en las calles y templos. Tomada posesión del lugar, puestas las guardias, y practicadas todas las medidas convenientes de precaución, esparciéronse los soldados francos por toda la ciudad, en grupos, para visitarla y conocerla. Lo que más llamó su atención fueron los colmenares que había en cada solar, muy limpios, aseados y en agradabilísima disposición. Las colmenas estaban puestas unas sobre otras en plano inclinado de uno y otro lado, y formando un ángulo agudo: eran de madera ahuecada, y como de dos pies de largo, y con aberturas por ambos extremos que se tapaban con piedras ó madera embarradas de lodo hasta cerrar todo intersticio. Por encima, en la mitad de la colmena, había un agujero pequeño, por donde entraban y salían las abejas, rubias y mansas,

que no extrañaban la aproximación del hombre, y que permitían sin oposición cosechar periódicamente la miel y la cera acumuladas por su trabajo asiduo. Fué la miel un gran recurso para los españoles, luego que aprendieron á castrar las colmenas. La operación era muy sencilla: destapada la colmena por un lado, se veían lucir los panales repletos de miel; se punzaban con un palillo ahusado, y el suave y dulcísimo licor corría á rubios chorros, limpio y sabroso, tentando el apetito de los circunstantes.

Las colmenas tenían la marca de su dueño, y cuando éste era rico y principal, la corteza exterior se bordaba con figuras de relieve esculpidas en la madera y representando follage, ramilletes de rizadas plumas, tallos delicados, animales y vasos domésticos.

Dávila autorizó á sus soldados á que hiciesen algún botín, y desde luego les concedió que se apoderasen de las colmenas, marcándolas con una cruz en señal de posesión. No podía signo tan sagrado servir más impropriamente: ¡la insignia cristiana de la religión y de la justicia empleada para señalar el despojo!

El aspecto de la tierra sedujo la imaginación de Dávila, hombre inteligente y franco, á la par que sensible. El pueblo alineado, las casas cómodas, los patios como vergeles, sembrados de mameyes y otras frutas, y en los alrededores plantaciones de maíz y de cacao. El paraje le convidaba á fundar población, y esta vez, acordándose de su ciudad nativa, le puso por nombre «Villa Real.» Organizó el ayuntamiento, nombrando por alcaldes á Martín

de Villarubia y Francisco Vasquez, y por regidores á Cristóbal de Cisneros, á Francisco de Montejo, el sobrino, á Blas Maldonado y á Alonso Darébaló; asignó á cada soldado solar y casa; aparejó para iglesia una de las mejores habitaciones, poniendo en ella un altar con varias cruces; y estableció buena policía.

Permaneció allí dos meses de pie quedo, y enabló relaciones con los habitantes, para surtirse de provisiones. Del cacique no había oído palabra, ni había tenido oportunidad de conocerle: persistía enfurruñado y del todo impenetrable á toda insinuación amistosa. Se había retirado al pueblo de Checitacil<sup>1</sup> como á cuatro leguas de Chetemal, siempre á la orilla de la bahía; se había hecho fuerte; y se ocupaba en reunir y adiestrar sus fuerzas, para luego caer sobre los españoles y destrozarlos. Era prudente anticiparse á sus miras, y Dávila, como buen capitán, se propuso sorprender á su enemigo, y aniquilarlo antes que cobrase vigor y pujanza. No se podía ir por tierra á Checitacil, y era más fácil caer de improviso yendo por mar. Se embarcó en canoas con una parte de su tropa y algunos caballos, y, al rayar el alba, cuando era menos esperado, entró en Checitacil haciendo fuego. Los mayas no por haber sido sorprendidos dejaron de sostener el ataque; contestaron con lanzadas, pedradas y flechazos, é hicieron frente á los españoles, atacándoles tan recio y tan de cerca, que consiguieron matarles un caballo de un lanzazo. La supe-

<sup>1</sup> «Allí cerca de la playa había otro pueblo llamado Uaytibal, y más al interior, al sur, Zonail, Holpatin y Lamayná. A la orilla del gul-uinic había también un pueblo llamado Ppuncuy». Véase á Cogolludo, tomo II, pág 189.

rioridad de las armas y de los ginetes, acabó por sembrar el espanto en los indios, que emprendieron la fuga por todos lados, dejando en manos de sus adversarios más de sesenta prisioneros, y en el campo un gran número de muertos y heridos. Deseaba Dávila haber cautivado á Guerrero en esta función de armas, y, preguntando de la suerte que le había cabido, le afirmaron los prisioneros que había fallecido de muerte natural antes de esta refriega.

No pesó á Dávila el triunfo alcanzado, puesto que había desbaratado aquella nube que se estaba formando en contra suya, y había hecho una buena presa. Sus soldados se habían apoderado del tesoro del cacique que por lo repentino del ataque no pudo poner en salvo. Se componía de seiscientos á mil pesos de oro labrado, y piedras preciosas como turquesas, esmeraldas y ágatas. Cargado de estos despojos, y custodiando á sus cautivos, volvió á Chetemal, é inmediatamente reunió al ayuntamiento y le propuso sacar mensajeros que llevasen á Montejo la noticia de la victoria y el botín. Su proposición fué aprobada, y, encargado de ejecutarla, eligió seis de sus más intrépidos soldados para que, volviendo por el mismo camino que habían traído, fuesen á Campeche, y entregasen la carta de relación y el oro y piedras preciosas, primera presea alcanzada en la expedición. Por jefe de la facción nombró á Cristóbal de Perea, hijo de Francisco de Treviño, bizarro y denodado capitán que en varias ocasiones había mostrado extremada gallardía y desprecio de la vida.<sup>1</sup> Auguraba Dávila que el Ade-

<sup>1</sup> Carta del rey fecha en Monzon á 20 de Diciembre de 1533, á Montejo, por Treviño.

lantado recibiría á los mensajeros con albricias, y suponía bastante llano el viaje, creyendo que toda la tierra estaba aun en paz, y no era de temerse grave riesgo. Fué grande su desengaño; dió de término á los mensajeros sesenta días para realizar el viaje de ida y vuelta; pero los desgraciados, al despedirse, no sabían que decían el supremo adios para la eternidad.

Muy quitados de la pena, los mensajeros penetraron en la provincia de los Cochuahes, y en el pueblo de Chinanté, llamado por ellos «La Hoya», quisieron pasar la noche. Aparentemente no había ni asomo de peligro; mas, cuando muy seguros se creían y se habían entregado tranquilamente á los placeres de la mesa, su casa fue sitiada por una turba de indios con ánimo de cogerlos vivos, tal vez para sacrificarlos á sus idolos. Cristóbal de Perea, que ya en Checitacil había estado á punto de perecer, pues su caballo fué matado montándolo él, no tuvo esta vez ni tiempo para montar, á pesar de que los tres caballos que venían en la partida estaban embridados. Apenas hubo tiempo de que los ballesteros tomasen sus ballestas, y los ginetes sus lanzas y esmeriles, pues una caterva de enemigos se abalanzó sobre ellos, agrediéndoles rudamente. Se sostuvieron con heroicidad, muchos indios cayeron muertos á sus golpes; mas el número prodigioso de enemigos caía sobre ellos como un alud, arrollando todo con violencia y estrépito. Pelearon como bravos hasta el último instante de su vida, contra la multitud que no respiraba sino venganza y muerte. Todos sucumbieron, y ni uno solo pudo salvarse para dar la noticia á Dávila, que se desesperó aguardando largo tiempo su regreso.

Las noticias funestas vuelan raudas, y, á poco después del asesinato de los mensajeros, en el campo español se empezó á temer por su suerte. Inquieto Dávila, salió personalmente en exploración con veinte hombres por la provincia de Guaymil, y pudo cerciorarse de que los mayas se habían declarado en hostilidad abierta. Vió los caminos cerrados, los árboles derribados, los pueblos fortificados con albarradas y trincheras. Poco faltó para que cayese en el garlito: se dirigía sin recelos á Macanhá, pensando que iba entre amigos, cuando en su camino encontró á un indio que ingenuamente le reveló el alzamiento de sus paisanos: díjole que ciertamente cerca de Macanhá le tenían puesta una celada donde le esperaban para matarle con toda su tropa. Muy contrariado se sintió Dávila; mas, sin desistir de su intento, cambió de plan, y resolvió entrar al pueblo por la retaguardia, á fin de concertar á sus habitantes entrando por donde menos esperaban. Abandonando la senda que llevaba, se introdujo al corazón de la floresta, y, con auxilio del indio que encontró en su trayecto, caminó toda una noche por un gran rodeo, y salió á la parte opuesta del lugar donde le esperaban y tenían sus fortificaciones los de Macanhá. La consecuencia no es difícil deducirla: la sorpresa los desconcertó, y, en vez de dar guerra á Dávila, le recibieron de paz, proveyéndole de mantenimientos. A pesar de sus agasajos, las albarradas y trincheras daban testimonio de su espíritu hostil; pero Dávila, á quien no convenía romper, se limitó á mostrarse resentido, haciéndoles reclamaciones suaves, y amonestándoles para que, en lo sucesivo, no fuesen des-

leales. Entonces aun conservaba esperanzas de que sus mensajeros volviesen, y, temiendo por la vida de ellos, evitaba irritar á los indios. Antes de partir señaló el tributo de maíz y aves con que habían de ocurrir á Chetemal, y, lisonjeándose de que los conservaría amigos, siguió para Chablé. Aquí vió las mismas señales de alboroto: albarradas, trincheras y toda la gente fuera de sus hogares. Trató de asegurarlos, los mandó llamar con recados afectuosos, y á fuerza de halagos pudo conseguir que los de Chablé volviesen á sus casas. Se quejó amigablemente, y, á la manera que hizo con los de Macanhá, al mismo tiempo que los halagaba les hacía traslucir el riesgo de su ira y venganza. Concluyó por comprometerlos á llevar su tributo de maíz y aves que tanta falta hacía á la nueva población de Villa Real.

En Chablé se tuvo el primer rumor del asesinato de los mensajeros: conversando un indio trajinero con un español, le hizo la confidencia en tono misterioso. Nadie lo creyó, atribuyéndose á intento de esparcir el miedo y desconfianza. Dávila se volvió á Villa Real, esperando siempre que al concluir los sesenta días del plazo marcado recibiría correspondencia de Campeche. Esperó el término, pasaron días semanas y meses, sin que los mensajeros pareciesen ni se tuviese noticia fidedigna de ellos. Se empezó á temer que hubiese algo de verdad en el cuento misterioso del indio, y ya se pensó en tomar algunas medidas en orden á investigar su paradero y ponerse en comunicación con Campeche.

Dávila salió de nuevo con veintidos balleste-

ros y tres ginetes con dirección á Bakhahal. Allí se avistó con el cacique y con otros indios principales de los pueblos inmediatos, y les pidió enviasen un posta con varias cartas á Campeche para el Adelantado, con encargo de que trajese la respuesta. Acordó el precio del trabajo y el plazo de un mes para la ida y regreso del correo, y estaba tan ansioso de saber de su jefe, que permaneció en Bakhahal esperando la vuelta del posta. No puede decirse si las cartas llegaron, ó no, á su destino: Dávila se cansó de aguardar la respuesta, y convocó á los principales caciques de Guaymil para una junta en Bacalar. Acudiendo algunos de ellos, narróles los rumores que corrían de la desgraciada suerte de Perea y sus compañeros, expuso las quejas que tenía contra los cochuahes, siempre tenaces en rehusarle víveres, y les anunció su determinación de llevarles la guerra, para lo cual solicitó su concurso. Aunque los caciques y capitanes de Guaymil abrigan antiguos rencores contra los cochuahes, no se mostraron muy ardientes, como tampoco manifestaron oposición abierta al intento del jefe español. Evidentemente no querían tomar participio en la pelea, porque ayudar á sojuzgar á los cochuahes era comenzar á forjar su propia cadena; pero temían disgustar á los extrangeros y atraerse su indignación. Ofrecieron acompañarlos, reunieron alguna tropa, y, en compañía de los españoles, se dirigieron á Chablé, donde se debía tomar el camino para Cochuah.

Para emprender la marcha, ordenó Dávila su ejército de modo que á la vanguardia fuesen los aliados de Guaymil, sostenidos por un piquete de

soldados al mando de un capitán bravo y diestro: á retaguardia iba Dávila y D. Alonso de Luján con el grueso de la fuerza española. Caminaron un día entero, y la noche los cogió en medio de la selva. Allí pernoctaron, y, á la alborada del día siguiente, continuaron su marcha para alcanzar el pueblo más avanzado de los cochuahes. Estos estaban apercebidos para la guerra, y habían colocado á poca distancia del pueblo una emboscada por donde sabían que el enemigo debía desembocar. Entre el bosque, á tiro de flecha del camino, había una albarrada formidable, y guerreros armados y tendidos en tierra estaban en acecho del momento preciso para desbaratar á sus contrarios.

Era ya la hora de la siesta cuando los seiscientos indios de Guaymil cayeron en la zlagarda, y, no tan pronto se sintieron atacados por los flancos, arrancaron á correr despavoridos, estableciéndose la más espantosa confusión entre agredidos y agresores: las albarradas y trincheras se llenaron de gente, tanto de los cochuahes como de los guaymiles, y entre aquella mescolanza la pelea continuaba rudamente. Los españoles de vanguardia ora hacían fuego sobre los cochuahes, ora mataban á los guaymiles, deteniéndolos en su fuga por pensar que los habían traicionado. Dos de los caciques de Guaymil son atacados en su carrera, y uno de ellos cae atravesado por las balas españolas, y el otro iba á sufrir la misma suerte, si no hubiera llegado en esta coyuntura Dávila á protegerlo: el atribulado cacique se resguarda con el cuerpo de Dávila, y el valiente español, deteniendo á su subalterno, salva de la muerte al príncipe indio.

El combate se recrudeció con el auxilio de la retaguardia española que arremetió con furia en auxilio de sus compañeros, harto comprometidos con la granizada de piedras, flechas y lanzas que les llovían de árboles, trincheras y albarradas. Luján y Dávila, tomando cada uno un trozo de soldados, se internaron en el bosque, y, saliendo atrás de la trinchera de los cochuahes, iniciaron un ataque vigoroso, tenaz y perseverante, penetrando los mismos jefes en persona hasta los reductos, y cortando con sus propias espadas las ataduras del palenque en que los cochuahes se habían hecho fuertes. Esta carga tan cerrada por atrás, sostenida por los ballesteros que de frente atacaban, hizo cejar á los enemigos, poniéndolos luego en la más completa derrota, y, aunque huyeron á la desbandada, no pudieron ser perseguidos: los vencedores estaban muertos de cansancio, de hambre y de sed, y, al reunirse, notaron que habían perdido tres hombres heridos, tres muertos y un caballo fuera de servicio: era el caballo de Cisneros, intrépido ginete que también estuvo en riesgo de perecer: no obstante, el triunfo era suficiente consuelo y aliento.

La noche había cerrado por completo, y no era posible permanecer en el campo de batalla, ansiosos como estaban los soldados de tomar algún refrigerio: fué necesario avanzar al pueblo inmediato llevando á los heridos, y entraron en él á la hora del alba, mas para sufrir mayor tribulación: los vencidos, antes de desamparar sus casas, les habían prendido fuego, y el incendio había acabado con todas las habitaciones: los pozos estaban cegados con tierra é inmundicias. En aquella misma

hora nadie pudo descansar, y, mientras unos servían como centinelas en los puestos de guardia, los demás se ocupaban en hacer limpiar los pozos para proporcionarse agua potable. En la plaza había un pozo de siete ú ocho estados de hondo: quisieron limpiarlo, pues parecía el menos sucio; pero se encontraban con la dificultad de la carencia de cuerdas con qué descolgar al fondo á los trabajadores, y, discurriendo como hacerlo, echaron mano á los cabestros de los caballos y á los zaragüelles de los soldados, y, atándolos uno con otro, se utilizaron como cuerda para bajar al fondo á dos muchachos indios, quienes, con auxilio de calabazos y otros utensilios rusticos, consiguieron limpiar el pozo, hasta que dió agua bastante pura: pudieron, pues, saciar su sed y descansar el día siguiente.

Perplejo andaba Dávila en qué partido tomar: si retroceder hacia Villa Real, ó seguir abriéndose camino á viva fuerza hasta encontrarse con Montejo: al fin se decidió por ir adelante y continuó la marcha. Hubiera caído en otra celada sin un aviso que recibió: los capitanes Treviño y Villoria habían cogido prisionero á un indio principal en el último reencuentro, y éste, por congratularse con sus aprehensores, les reveló que por el camino que llevaban caerían en otra emboscada preparada, y les aconsejó que cambiasen de ruta, ofreciéndose él mismo á enseñarles un camino extraviado, con el cual faldearían la emboscada y saldrían detrás de ella. Seguido el consejo, todo sucedió como había indicado el cautivo: los que ocupaban las emboscadas y trincheras, viendo salir á los españoles á la zaga de ellos, quedaron atemorizados y confusos, y

sin vacilación abandonaron sus puestos, apelando á la fuga para salvarse. Fué este resultado asaz lisonjero, porque los españoles pudieron descansar dos días y ocuparse en curar á sus heridos.

Los fugitivos no abandonaron su propósito de hostilizar incesantemente á los extranjeros, y fueron á unirse con los del pueblo de Chinanté, en donde se fortificaron. Dávila no se detuvo, antes salió con toda su fuerza á encontrarlos, siempre tenaz en llevar á cabo su designio, aunque aquí la fuerza de los acontecimientos le puso en la precisión de doblegarse. Contra este pueblo abrigaba grande saña, porque en él habían sacrificado á los mensajeros, y quería castigar á sus habitantes de un modo ejemplar. Desde que estuvo frente al pueblo, divisó una formidable fortificación formada de troncos de árboles barreados, y defendida por innumerables guerreros, los cuales, al columbrar á los españoles, prorrumpieron en estrepitosa gritería é hicieron caer sobre ellos una lluvia de proyectiles. Los españoles rompieron el fuego con bizarría y se abalanzaron denodadamente á tomar la fortificación por asalto. Esta vez los cochuahes se mantuvieron firmes en su puesto, acribillando á los asaltantes en tales términos que, antes de que estos alcanzasen la primera albarrada defensiva, once habían caído heridos é inermes. Si hubieran continuado su marcha de frente, la abundancia de los proyectiles era tan espesa que probablemente, antes de tocar á la fortificación, todos los españoles hubieran mordido el polvo: hubo que tocar retirada, y retirarse en efecto en buen orden al pueblo de donde habían partido. Los indios tampoco los persiguie-

ron, y así pasaron la noche tranquilamente, y en la madrugada siguieron la contramarcha hasta ponerse fuera del alcance de los cochuahes, pues temían que estos, con gente de refresco, fuesen sobre ellos.

Dávila pensó ya seriamente en regresar á Villa Real; pero quería hacerlo sin que los indios le molestasen en el trayecto, pues casi todos sus soldados estaban heridos, y los caballos muy cansados: solo él persistía sano de cuerpo, y con espíritu inquebrantable. Llamó á uno de los prisioneros indios, justamente á aquel á quien salvara de la muerte en tan propicia ocasión, y, apelando ora á sus sentimientos de gratitud, ora á la intimidación, le ordenó que le condujese á Chablé por caminos excusados, de modo que salvarsen todo encuentro con indios hostiles. Por su buena suerte, el prisionero conocía todos los vericuetos y andurriales de la comarca, porque había sido comerciante y había traficado mucho por aquellos lugares. Se ofreció á conducirle por un camino secreto, anticipándole que había de sufrir hartas desazones y fatigas. A todo se allanó, y, siguiendo las huellas del guía, el pequeño ejército desapareció en la intrincada selva.

Al cabo de algunos días de andar entre oquedales sombríos, vinieron á salir á una laguna que era necesario atravesar, y la atravesaron por unos lugares vadeables. Ya la habían traspuesto, al precio de grandes tribulaciones; pero aun cruzaban un fangal en que los caballos se sumergían casi hasta las cinchas: iba á la cabeza de la vanguardia el capitán Alonso Dávila en persona, con machete en mano, abriendo camino entre el bosque, y D. Alon-